 Tiempo de lectura: 18 min.

San Artémides Zatti, salesiano coadjutor, nació en Boretto en 1880 y, muy pobre, emigró muy joven a Argentina, donde descubrió su vocación al servicio de los más necesitados. Ingresado en el aspirantado salesiano de Bernal, afrontó con tenacidad las dificultades de los estudios y enfermó de tisis, de la que se recuperó gracias a su fe inquebrantable y a una promesa a la Virgen. Renunció al sacerdocio y, como enfermero laico, dedicó su vida al hospital de Viedma: organizando la farmacia, atendiendo a los enfermos incluso en la calle con su bicicleta, apoyando a las familias pobres con incansable caridad. Beatificado en 2002 y canonizado en 2022, Zatti encarna al «Buen Samaritano» salesiano, modelo de santidad laical y entrega profética al prójimo.

1. **Perfil biográfico**

Artémides Zatti nació en Boretto (Reggio Emilia) el 12 de octubre de 1880. No tardó en experimentar la dureza del sacrificio, hasta el punto de que a los nueve años ya se ganaba la vida como jornalero. Obligada por la pobreza, la familia Zatti, a principios de 1897 (Artémides tenía entonces 17 años), emigró a Argentina y se instaló en Bahía Blanca.

El joven Artémides empezó a trabajar inmediatamente, primero en un hotel y luego en una fábrica de ladrillos. Empezó a frecuentar la parroquia de los Salesianos. En aquella época, el párroco de Bahía Blanca era el salesiano P. Carlo Cavalli, un hombre piadoso y de una bondad extraordinaria. Artémides encontró en el P. Cavalli su director espiritual y el párroco encontró en Artémides un excelente colaborador.

Pronto se orientó hacia la vida salesiana. Tenía 20 años cuando entró en el aspirantado de Bernal. Fueron años muy duros para Artemisa, que aventajaba a sus compañeras en edad pero las retrasaba en los pocos estudios que había realizado. Pero superó todas las dificultades, gracias a su tenaz voluntad, su aguda inteligencia y una sólida piedad. Sin sombra de complejos, aceptó con facilidad sentarse en los bancos entre chicos de 11 a 14 años; se puso a disposición de todas las ocupaciones, incluso de las más delicadas y fatigosas que se le confiaron, ya que sus superiores le consideraban un «factotum» por su madurez y habilidad.

Asistiendo a un joven sacerdote tuberculoso, contrajo desgraciadamente la enfermedad. El interés paternal del Padre Cavalli -que lo seguía de lejos- hizo que se eligiera para él la casa salesiana de Viedma, donde había un clima más adecuado y, sobre todo, un hospital con un buen enfermero salesiano que en la práctica hacía las veces de 'médico': el Padre Evasio Garrone. Éste se dio cuenta enseguida del grave estado de salud del joven y, al mismo tiempo, intuyó sus virtudes poco comunes. «Podría ser mi sucesor», pensó, mientras empezaba a sentir el peso de los años y los achaques. Invitó a Artemisa a rezar a María Auxiliadora para obtener su recuperación, pero también le sugirió hacer una promesa: «Si ella te cura, dedicarás toda tu vida a estos enfermos». Dicho y hecho. Artemisa hizo gustosa esta promesa y se curó misteriosamente. Más tarde diría: «Creí, prometí, sané». Su camino estaba ahora claramente trazado y lo emprendió con entusiasmo.

Aceptó con humildad y docilidad el no pequeño sufrimiento de renunciar al sacerdocio (a causa de la enfermedad que había contraído). Ni entonces ni después salió de su boca un lamento por esa meta no alcanzada. Todas las veces que habló de ello en su vida, lo hizo «sin amargura», como afirmaron los testigos del proceso. Hizo su primera profesión como hermano lego el 11 de enero de 1908 y su profesión perpetua el 8 de febrero de 1911. Cumpliendo su promesa a la Virgen, se dedicó de inmediato y plenamente al hospital, ocupándose al principio de la farmacia contigua, tras haber obtenido debidamente el título de «diplomado en farmacia».

A la muerte de Don Garrone, en 1913, toda la responsabilidad del hospital recayó sobre sus hombros. De hecho, se convirtió en su subdirector, administrador, experto enfermero, estimado por todos los pacientes y por los propios médicos, que poco a poco le fueron dando cada vez más libertad de acción. Durante toda su vida, el hospital fue el lugar donde ejerció su virtud, día tras día, hasta el grado heroico : levantarse a las 4.30 de la mañana; meditación y misa; visita a todos los pabellones; luego en su bicicleta -su legendaria bicicleta- para asistir a los enfermos esparcidos por la ciudad; después de comer, de 2 a 6 de la tarde, otra visita a los enfermos dentro y fuera del hospital; hasta las 8 de la tarde en la farmacia; otra vuelta a los pabellones; hasta las 11 de la noche, estudio y lecturas ascéticas; luego descanso, pero siempre disponible para posibles llamadas.

Como se ve, entonces, su servicio no se limitaba al hospital, sino que se extendía a toda la ciudad, o mejor dicho, a las dos localidades de la ribera del río Negro: Viedma y Patagones. ¿Por qué la bicicleta y no un auto, que también le regalaron y

que se apresuró a vender? Ante todo por espíritu de pobreza, pero también porque estaba convencido de que la bicicleta «era más adecuada para abordar a la gente». A la salida llevaba habitualmente su bata blanca y un monedero con los medicamentos más comunes. Una mano en el manillar y la otra con el rosario. Prefería a las familias pobres, pero también le llamaban los ricos. En caso de necesidad, se desplazaba a todas horas del día y de la noche, hiciera el tiempo que hiciera. No se quedaba en el centro de la ciudad, sino que también iba a los tugurios de los suburbios. Lo hacía todo gratis, y si le pasaba algo, iba al hospital. Cuando la enfermera le decía que la medicina era demasiado cara, Artemisa respondía inmediatamente: «Eso no se dice. La Providencia es rica. Ella lo proveerá todo». Su fama de enfermero santo se extendió por todo el Sur, y a él acudían enfermos de toda la Patagonia. No era raro que los enfermos prefirieran la visita del santo enfermero a la de los médicos.

Artémides Zatti amaba a sus enfermos de un modo verdaderamente conmovedor. Veía en ellos al propio Jesús, hasta tal punto que cuando pedía a las hermanas una prenda de ropa interior o un vestido para un enfermo decía: «Dadme un vestido para un Jesús viejo»; «Dadme un vestido para un Jesús de 12 años». Hubo un tiempo en que los superiores ordenaron que sólo se admitieran 70 pacientes. Esto es lo que le dijo a uno de sus cohermanos: «¿Qué pasaría si el enfermo número 71 fuera el propio Jesús y no hubiera cama disponible?». Su preocupación por los enfermos era tal que alcanzaba matices delicados. Hay quien recuerda haberle visto llevar a hombros el cuerpo de un enfermo fallecido durante la noche hacia el tanatorio, para apartarlo de la vista de los demás pacientes: y lo hacía recitando el *De Profundis*.

Siempre fue obsequioso con los médicos y los dueños del hospital. Pero la situación no siempre era fácil, bien por el carácter de algunos de ellos, bien por las rencillas que podían surgir entre los gestores legales y él, que de hecho lo era. Pero supo ganárselos a todos, y con su equilibrio logró resolver incluso las situaciones más delicadas. Fiel al espíritu salesiano y al lema «trabajo y templanza», legado por Don Bosco a sus hijos, desarrolló una prodigiosa actividad con habitual prontitud de ánimo, con espíritu de sacrificio especialmente durante su guardia nocturna, con absoluto desapego de cualquier satisfacción personal, sin tomarse nunca vacaciones ni descanso. Algunos han dicho que sus únicos cinco días de descanso fueron los que pasó… ¡en la cárcel! Sí, también conoció la cárcel a causa de la fuga de un preso que estaba siendo tratado en el hospital, fuga que, de forma manifiestamente sectaria, se atribuyó al santo. Fue absuelto y su regreso a casa fue

un triunfo.

Sólo un profundo dominio interior podía permitirle obtener la victoria sobre la fácil irregularidad del horario. En cambio, fue edificante al dar testimonio de fidelidad a la vida común. A todos asombraba cómo este santo religioso, tan ocupado con sus múltiples compromisos en el hospital, podía ser al mismo tiempo el representante de la regularidad de la vida comunitaria. Era él quien tocaba la campana, era él quien precedía a todos los demás cohermanos en las citas comunitarias. Como buen salesiano, sabía hacer de la alegría un componente de su santidad. Siempre estaba alegremente sonriente.

Las pocas fotos que nos han llegado lo muestran siempre sonriente. Era un hombre de fáciles relaciones humanas, con una visible carga de simpatía, feliz de agasajar a la gente humilde. Pero era sobre todo un hombre de Dios. Lo irradiaba. Uno de los médicos del hospital dijo: ‘Cuando vi al Sr. Zatti mi incredulidad vaciló’. Y otro: «Creo en Dios desde que conocí al Sr. Zatti».

Cuando el P. Pietro Berruti, Prefecto General de los Salesianos, muerto en el concepto de santidad, hizo una visita extraordinaria a la Patagonia, expresó por escrito este juicio sobre el santo: ‘Milagro de hospital. El Hermano Zatti es el hombre de la Providencia.

El hospital es un milagro de la Providencia; no entiendo cómo puede existir’.

En 1950, el Sr. Zatti se cayó de una escalera y fue durante este accidente cuando se manifestaron los síntomas de un cáncer, que diagnosticó lúcidamente. Sin embargo, continuó atendiendo su misión durante un año más, hasta que luego de aceptar heroicamente el sufrimiento, falleció el 15 de marzo de 1951 en plena conciencia, rodeado del afecto y la gratitud de una población que a partir de entonces comenzó a invocarlo como intercesor ante Dios.

Todos los habitantes de Viedma y Patagones acudieron a su entierro en una procesión sin precedentes. El 7 de julio de 1997 fue declarado venerable, y el 14 de abril de 2002 Juan Pablo II lo inscribió en el álbum de los beatos. El 9 de octubre de 2022 fue canonizado durante una celebración en la Plaza de San Pedro por el Papa Francisco.

2. **El coadjutor Artémides Zatti: una novedad disruptiva**

De la carta escrita por el P. Juan Edmundo Vecchi con motivo de la beatificación de Artémides Zatti (31 de mayo de 2001) recordamos algunos pasajes que siguen siendo puntos significativos de reflexión y estímulo a la acción.

El mismo título de la carta ya es interesante y provocador: *Beatificación de Coad. Artémides Zatti: una novedad disruptiva*.

– La novedad actual, a la que se refiere el título de la carta, consiste precisamente en incluir a un coadjutor entre aquellos que la Iglesia ha considerado dignos de ser propuestos, mediante un acto público, como modelos de vida espiritual y de caridad a sus hermanos religiosos y, más ampliamente, a todos los cristianos. Y ello sobre la base del testimonio de muchos, confirmado por Dios mediante un acontecimiento «milagroso» atribuido a su intercesión.

– Artémides Zatti *es el primer salesiano coadjutor no mártir beatificado*, y el hecho da, como he dicho, un toque de plenitud a la serie de modelos de espiritualidad salesiana que la Iglesia declara oficialmente como tales.

He llamado a esta novedad «*disruptiva*«, en el sentido de que nos sacude, nos desafía en nuestra fidelidad carismática y en nuestra capacidad de proponer modelos verdaderamente significativos y atractivos de vocación laical salesiana hoy (p. 5)…

– Me propongo dirigir una apremiante invitación a meditar sobre la figura de Zatti, para suscitar una orientación y un compromiso práctico, a nivel inspectorial y regional, en favor de la vocación del salesiano coadjutor. Cuando no logramos comunicar y «contagiar» a ese nivel, nuestro trabajo se vuelve incisivo y los sueños de reformas globales se vuelven estériles. Para ser verdaderamente eficaces, es esencial pensar globalmente y actuar con decisión a nivel local (p. 6).

Al final de la carta, Don Vecchi retoma este aspecto de la novedad, que hace coincidir con el valor y la fuerza profética de la vida consagrada. Esto significa: la primacía de Dios, el don de sí en un movimiento de amor indiviso a Dios y a los hermanos, la capacidad de suscitar asombro ante el don de la vida, una lucha

decidida e intransigente contra el mal que está en nosotros y fuera de nosotros.

El acontecimiento de su beatificación y canonización, que lo propone como modelo singular a nuestra Familia y a la Iglesia, subraya un elemento fundamental de nuestra experiencia como consagrados: *es la prioridad concedida a la dimensión espiritual de la existencia*, novedad y profecía traída por la Encarnación, que se manifiesta en una caridad capaz de realizar actos más grandes que el hombre. Esta es la principal forma profética del cristianismo: sorprender con la opción radical del amor, impugnando sin miedo toda ambigüedad, trabajando con decisión contra el mal, que humilla a las personas. Quizá la urgencia hoy no sea establecer un gran número de instituciones (educativas formales), sino revisar el mensaje que transmite nuestra vida personal y comunitaria como un evangelio desplegado en el tiempo, y una prolongación de la vida y las acciones de Jesús. En una palabra, *¡nuestra santidad*! (pp. 55-56).

2.1. Testimonio original de la santidad salesiana

La consagración apostólica de este santo se encarnó en su entrega generosa al servicio de los pobres y de los enfermos. Su ser salesiano ha asumido una fisonomía propia: la santidad no es algo genérico, sino un proceso de identificación espiritual fruto de la acción de la gracia y de la respuesta libre y creativa del creyente.

El observador atento no puede dejar de advertir la total consagración a la misión salesiana vivida en la acogida a los pobres de todo tipo, en la dedicación a los necesitados y en la atención médica a los enfermos contagiosos o repulsivos, en el dar cabida a los excluidos de la sociedad, en la atención pastoral para llevar a Dios a los enfermos, incluso a los moribundos. Era una presencia activa en el ámbito social, ¡todo animado por la caridad de Cristo que le impulsaba hacia dentro! Su testimonio se dirige a cada salesiano, a cada comunidad local e inspectorial.

Habla de la vocación como experiencia de vida en Dios según las características del carisma, del que el Espíritu nos ha hecho don (pp. 26-27).

2.2. Entrega absoluta a la misión: Buen Samaritano, al estilo de Don

Bosco.

El Papa Benedicto XVI en su primera encíclica *Deus caritas est* lo expresaba así: «El programa del cristiano -el programa del buen samaritano, el programa de Jesús- es «un corazón que ve». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia» (n. 31). De hecho, «la parábola del buen samaritano permanece como criterio de medida, impone la universalidad del amor que se vuelve hacia el necesitado encontrado 'por casualidad' (cf. Lc 10,31), sea quien sea» (n. 25).

En Artémides Zatti, la compasión del buen samaritano brota del ver propio de la fe. Hay una fuerte referencia a la fe como fundamento y alma de toda obra caritativa y asistencial: una fe que le lleva a reconocer el rostro de Cristo en cada pobre, marginado, excluido; una fe que le lleva a vivir la concreción del amor; una fe que culmina en el don supremo de introducirle en la experiencia fundamental de ser hijo de Dios, ante la cual toda miseria e indigencia humana se colma en la medida de una esperanza que se expande hacia una plenitud de felicidad eterna y completa.

Hay una serie de anécdotas que le muestran cargando y acercando a los enfermos, de los que otros se apartan por contagiosos, deformes, repulsivos, difíciles de tratar. Esto por sí solo da una idea de la visión con la que procedía. Pero nos edifican aún más expresiones como éstas, repetidas a las Hijas de María Auxiliadora, en todo momento delicadas, siempre dispuestas y caritativas colaboradoras del Hospital, en el que había una sección reservada a las mujeres: 'Hermana, por favor, un vestido y una cama para un Jesús de 14 (o 75) años'…

Tenía una habilidad especial para tratar a los pacientes jóvenes e incluso ayudarles a cerrar los ojos en el Señor con un sentimiento de confianza, alegría y serenidad.

Me gusta, entre otras muchas, recordar esta conmovedora anécdota oída a un testigo. A un joven que había llegado al momento supremo, Zatti, de pie a su lado como padre y hermano, le dice: «Vamos a nuestro Padre: cierra los ojos, junta las manos. Ahora decimos: Padre nuestro». Durante la oración, el alma del joven vuela al cielo (p. 28).

2.3. Enfermera educadora

Esta fe animadora es a su vez promovida por la caridad que educa a la fe. De forma muy sencilla, cotidiana y salesiana, Zatti desarrolló en sus destinatarios y colaboradores el sentido de la fe, valorando los momentos de la mañana y de la noche como tiempos de recogimiento, de encontrar nuestro aliento vital en Dios.

En el hospital creó un ambiente familiar que -como ya he recordado- tenía su momento matutino al despertarse, respondiendo a coro a una pregunta ya ritual: «¿Respiran todos?», seguida de la asistencia personal a los necesitados y de la acción de gracias al Señor.

Momento familiar era también, después de comer, la partida de petanca y su momento muy salesiano por la noche «Buenas noches» (p. 29).

2.4. El «trabajo santificado»: síntesis entre espiritualidad y profesionalidad

La visión de la fe y el flujo de la caridad se amasan en la concreción de la vida como un fermento que fermenta y anima los compromisos, las responsabilidades y hace que las exigencias de competencia, profesionalidad y actualización no se apoderen y se eleven al horizonte último de todo: esto sería una verdadera tragedia y un cancro que llevaría al vaciamiento de la vida consagrada y a su misma insignificancia. La perspectiva de querer relanzar la vida consagrada laical con una cierta absolutización del aspecto profesional ha empobrecido, cuando no asfixiado, la vocación misma.

La búsqueda del profesionalismo -que hoy aparece como una exigencia ineludible de nuestras sociedades, sobre todo de las más evolucionadas- representa un desafío para la vida religiosa. En efecto, podría correr el riesgo de aplanarse sobre el lado secular, haciendo de él la fuente de su identidad, y ocultando -o, en todo caso, dejando que se deslice hacia un segundo plano- la identidad de la vida religiosa, que está ligada a motivaciones sobrenaturales. A tal desafío es necesario responder con una particular «*gracia de la unidad*», que transforme el

profesionalismo en un recurso para la vida consagrada, e incluso, si se puede decir así, en su ulterior cualificación (p. 31).

2.5. Reflejar a Dios con radicalidad evangélica

Precisamente porque su existencia se basaba en la elección fundamental de Dios y de su voluntad, se convirtió en transparencia del amor y de la bondad de Dios. La unión con Dios que impregnaba cada momento y compromiso de la jornada se manifestaba tanto en un estilo de vida equilibrado y ordenado como en el cuidado atento de las relaciones y de la vida fraterna.

Sobre la intensidad con la que el siervo de Dios vivía su fe, con una *continua unión con Dios*, Mons. M. Pérez lo expresó así: «La impresión que recibí fue la de un hombre unido al Señor. La oración era como el aliento de su alma, todo su comportamiento mostraba que vivía plenamente el primer mandamiento de Dios: le amaba con todo su corazón, con toda su mente y con toda su alma'. El P. F. López confirmó lo mismo: 'Era evidente que el siervo de Dios practicaba la oración continua: en su bicicleta pedaleaba y rezaba, y cuando asistía a los enfermos profería con naturalidad expresiones de fe y pronunciaba palabras que levantaban el espíritu, incluso con religiosos' … El P. F. Prieto testimoniaba así: 'En la realización de los actos comunitarios era ejemplar. Quiero decir que nunca hizo uso de las libertades que tenía en su cargo para eximirse de ningún acto comunitario'. Y el testigo continuó: 'El siervo de Dios era un religioso observante y ejemplar. Puntual, infalible, nunca le oí decir: 'No estuve porque…'. Su presencia era muy fraternal…». (pp. 33-34).

3. La pastoral vocacional: una invitación a un compromiso extraordinario

La propuesta de santidad que surge de Artemide Zatti relanza tanto la convicción del significado de la presencia del salesiano coadjutor en la misión salesiana, como la necesidad y la importancia de un compromiso específico para promover y acompañar esta vocación, buscando los caminos y las condiciones que favorezcan

su nacimiento y crecimiento. Es ante todo un don de Dios que debe ser reconocido y cultivado. La pastoral vocacional se concreta en la oración, el anuncio, la propuesta, la acogida, el acompañamiento, la participación en la realidad y en el contexto religioso, social y cultural en el que se está llamado a vivir y a trabajar como individuo y como comunidad.

La dificultad de fondo para proponer la vocación a la vida consagrada es la pérdida del sentido de Dios en nuestra sociedad y en nuestra cultura, el proceso de descristianización que en el espacio de pocas generaciones se ha extendido como una sombra oscura, atacando los ganglios vitales de la estructura eclesial y social, especialmente en los países de antigua tradición cristiana. Esta situación, de secularismo y de emergencia educativa, nos compromete hoy en la frontera y en la trinchera de una nueva evangelización y educación con la aportación de una identidad fuerte y valiente.

Estas dificultades, de cuya incidencia somos conscientes, lejos de debilitarnos, deben estimular y hacer más convencido nuestro compromiso. En este contexto, las palabras de Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Vita Consecrata*, refiriéndose a las dificultades y perspectivas de las vocaciones, me parecen más oportunas que nunca: «Las nuevas situaciones de escasez deben afrontarse, por tanto, con la serenidad de quien sabe que lo que se pide a cada uno no es tanto el éxito como el compromiso de fidelidad». Se trata de un compromiso de fidelidad: fidelidad al don de Dios y fidelidad al proyecto de Don Bosco. Nuestra primera actitud debe ser de confianza en el Señor y de recurso a Él (p. 49).

El P. Vecchi recordó también algunas características y condiciones que permiten evangelizar la vocación del coadjutor.

Pero no recuerdo ninguna vocación salesiana fundada que no tuviera estas cuatro características: espíritu y deseo de Dios, hasta el punto de darle la primacía en el amor y en la organización de la vida; fascinación por Don Bosco; pasión por la misión juvenil educativa y pastoral; sentido de la complementariedad fraterna, sin complejos de subalternidad, benignos, tolerantes y generosos en la comunidad. Se

dice a menudo que la vocación del salesiano coadjutor, siendo completa y significativa en sí misma, tiene una débil visibilidad, y esto se refiere sobre todo a su experiencia de consagrado, a su ser educador-pastor, a su capacidad de animación y comunicación de los valores del carisma. Esta es una consideración que interpela a cada salesiano y a cada comunidad en el contexto actual y en el nuevo modelo operativo… ¿Cómo hacer para que los jóvenes y los colaboradores capten las motivaciones de fondo que mueven nuestra vida y constituyen su originalidad, y se sientan animados a seguir nuestro camino? La respuesta puede venir del cuidado de la experiencia personal de vida y de su comunicación, de la calidad de la formación, de la valorización de aquellas formas de «visibilidad» que manifiestan el «sentido» vivido y testimoniado (pp. 50-51).

3.1. Intercesión de Artemide Zatti y fecundidad vocacional: un testimonio singular.

Quien ha experimentado la eficaz intercesión de Artemide Zatti precisamente en relación con la vocación del laico consagrado es el Papa Francisco. Cuando era Provincial de los jesuitas en Argentina, dio su testimonio en una carta escrita al P. Cayetano Bruno, salesiano, el 18 de mayo de 1986.

«Querido P. Bruno: *¡Pax Christi*! En tu carta del 24 de febrero me pedías que intentara escribir algo sobre la experiencia que tuve con el Sr. Zatti (de quien me he hecho gran amigo), a propósito de las vocaciones de Hermanos Coadjutores. […] Teníamos una gran escasez de Hermanos Coadjutores. Tomo como referencia el año 1976, año en que conocí la vida del Sr. Zatti. En aquel año, el Hermano Coadjutor más joven tenía 35 años, era enfermero y moriría cuatro años más tarde de un tumor cerebral. El que le siguió en edad tenía 46 años, y el que vino después 50. Los demás eran todos ancianos (muchos de ellos siguen trabajando hoy como remeros a sus 80 años). Este «cuadro demográfico» de los Hermanos Coadjutores en la Provincia Argentina llevó a muchos a pensar que se trataba de una situación irreversible, y que no habría más vocaciones. Algunos llegaron a cuestionar la «pertinencia» de la vocación del Hermano Coadjutor en la Compañía, porque -viendo los hechos- parecía que se extinguirían. Además, en varios lugares se intentaba delinear una «nueva imagen» del Hermano Coadjutor, para ver si – por esa vía – habría una mayor atracción de jóvenes para seguir ese ideal.

Por otro lado, el Padre General, P. Pedro Arrupe S.I., insistió mucho en la necesidad de la vocación del Hermano Coadjutor para todo el cuerpo de la Compañía. Llegó a decir que la Compañía no era la Compañía sin los Hermanos Coadjutores. Los esfuerzos realizados por el P. Arrupe en este campo fueron enormes. La crisis no era sólo de algunas Provincias, sino de toda la Compañía (en cuanto a las vocaciones de Coadjutores).

En 1976, creo que por septiembre o así, durante una visita canónica a los misioneros jesuitas del norte argentino, me quedé unos días en el Arzobispado de Salta. Allí, entre charlas al final de las comidas, Mons. Pérez me habló de la vida del Sr. Zatti. También me dio a leer el libro de su vida. Me llamó la atención su figura tan completa como Coadjutor. En aquel momento sentí que tenía que pedir al Señor, por intercesión de aquel gran Coadjutor, que nos enviara vocaciones de coadjutores. Hice novenas y pedí a los novicios que las hicieran. […] En Salta, en varias ocasiones sentí la inspiración de recomendar al Señor y a la Señora del Milagro el aumento de vocaciones en la Provincia (esto en general, y no específicamente de Coadjutores, lo que hice con el Sr. Zatti). También hice una promesa: que los novicios irían en peregrinación a la fiesta del Señor del Milagro si llegábamos al número de 35 novicios (esto se realizó en septiembre de 1979). Volvamos a la llamada a las vocaciones de Coadjutores. En julio de 1977, ingresó el primer joven Coadjutor (actualmente tiene 32 años). El 29 de octubre del mismo año, ingresó el segundo (actualmente tiene 33 años)». La carta continúa, presentando año por año la lista de otros 16 coadjutores que ingresaron de 1978 a 1986. Y continúa: «Desde que comenzamos nuestras oraciones al Sr. Zatti, han entrado 18 jóvenes coadjutores y otros 5 han salido del noviciado y del juniorado. En total, 23 vocaciones. Los novicios, estudiantes y jóvenes coadjutores hicieron varias veces la Novena en honor del Sr. Zatti, pidiendo vocaciones de coadjutores. Yo mismo la hice. Estoy convencido de su intercesión en este asunto, ya que, teniendo en cuenta el número, es un caso raro en la Compañía. En agradecimiento, en las ediciones 2ª y 3ª del Devocionario del Sagrado Corazón, pusimos la Novena para pedir la Canonización del Sr. Zatti. Un dato interesante es la calidad de los que han ingresado y perseveran. Son jóvenes que quieren ser Coadjutores como quería San Ignacio, sin «endulzarlos». Para nosotros, la vocación del Hermano Coadjutor es muy importante. El P. Arrupe decía que la Compañía, sin ellos, no era Compañía. Tienen un carisma especial que se alimenta en la oración y en el trabajo. Y son buenos para todo el cuerpo de la Compañía. […] Son piadosos, alegres, trabajadores, sanos. Son muy viriles y conscientes de la vocación a la que fueron llamados. Sienten especial responsabilidad de rezar por los jóvenes estudiantes

jesuitas que se preparan para el sacerdocio. No ven en ellos ‘complejos de inferioridad’ por no ser sacerdotes, ni se les pasa por la cabeza aspirar al diaconado… etc.; saben cuál es su vocación y así lo quieren. Esto es sano. Y es bueno. Esta fue, en líneas generales, la historia de mi relación con el Sr. Zatti sobre el problema de las vocaciones de Hermanos Coadjutores para la Compañía. Repito que estoy convencido de su intercesión, porque sé cuánto hemos rezado poniéndole como abogado. Nada más por hoy. Soy vuestro afectuosamente, en el Señor y en su Santísima Madre, Jorge Mario Bergoglio, S.I.».

Un espléndido estímulo también para que interpongamos la intercesión de Artémides Zatti para que aumenten las buenas y santas vocaciones de Coadjutores Salesianos (pp. 52-55).

3.2. Devoción y encomienda a María Auxiliadora

No puedo concluir sin mencionar la presencia y el papel que María Auxiliadora tuvo en la vocación y en el camino de santidad de Artémides Zatti. «Creo -afirma un testigo- que el siervo de Dios sintió devoción a María Auxiliadora como pocos». Y en *la Positio* leemos: «Para captar el aflato con que era amante de María hay que recorrer sus cartas, donde aconseja a sus familiares que recurran a María, donde afirma que si está en la Congregación se lo debe a Ella, donde reconoce que debe su vida a la Virgen y donde a cada paso hay una llamada a su ayuda e intercesión». En efecto, atribuyó a la Virgen su curación de la tisis -como hemos visto- y por ello consagró toda su vida a Dios, en los enfermos y en los pobres. Todos los días la honraba con el rezo del Rosario, incluso mientras recorría las calles de Viedma en bicicleta, y todos los días hacía rezar el Rosario a los enfermos. Era característico el saludo mariano cuando entraba en las casas: «Ave María purísima». Son muchos signos que testimonian la presencia de María continuamente sentida, que sostenía al siervo de Dios en su misión y que lo inspiraba en la fe que lo movía y en la caridad de buen samaritano al servicio de los necesitados.

don Pierluigi Cameroni, sdb

Director de la Obra Salesiana del Sagrado Corazón – Bolonia